

**ANTOLOGÍA
DE
NOVELAS
DEL
OESTE**

TOMO IV

La revista norteamericana «The Saturday Evenin Post» ha realizado la presente selección escogiendo los mejores relatos del Oeste publicados en sus páginas durante los últimos sesenta años. Las dieciséis narraciones que contiene este volumen presentan sin duda, un estilo cuidado, y resultan de lectura fácil y amena. Lo que puedan tener en ocasiones de ingenuo, queda compensado por el colorido del ambiente y la gran fuerza de atracción que tiene todo tema de acción presentado con soltura. El asunto, la trama del episodio, que en ocasiones se repite, ya lo conocemos: la inevitable caravana que se adentra por tierra peligrosa, el no menos inevitable «saloon», el linchamiento injusto, las galopadas, las flechas que silban, los tiros, los puñetazos... y casi siempre girando todo ello alrededor del eterno tema sentimental. Tenemos narraciones —reducidas cada una a un solo episodio— con enorme poder de sugestión. Entre los autores seleccionados figuran Stephen Payne y Jack London.

Índice de contenido

- La iliada de Sandy Bar. — Bret Harte
- Tres soldados maravillosos. — Stephen Crane
- Un hombre digno de confianza. — Jack London
- Un caso departamental. — O. Henry
- El último de los trovadores. — O. Henry
- La venganza de Cisco Kid. — O. Henry
- El numismático. — Eugene Manlove Rhodes
- Hombres buenos y sinceros. — Eugene Manlove Rhodes
- El lobo fantasma. — H. L. Davies
- Como era en el principio. — Conrad Richter
- Una mujer de la frontera. — Conrad Richter
- La manta tachonada de estrellas. — Shirley W. Schoonover
- Una noche en el «saloon» de Red Dog. — Hal G. Evarts
- MI hermana y el pistolero. — Ray Gaulden
- La hermana perdida. — Dorothy M. Johnson
- Conciencia de asesino. — Stephen Payne
- Notas

LA ILIADA DE SANDY BAR

BRET HARTE

ANTES de las nueve, se sabía perfectamente a lo largo del río que los dos socios del «Filón Amistad» se habían peleado y separado al romper el día. A aquella hora, la atención de su vecino más próximo había sido atraída por los gritos de un altercado, seguidos de dos consecutivos disparos de revólver. Al salir apresuradamente había visto vagamente entre la niebla gris, que ascendía del río, la alta figura de Scott, uno de los socios, descendiendo la colina hacia el cañón; un momento después, York, el otro socio, había salido de la cabaña y se había marchado en dirección contraria, hacia el río, pasando a unos pies de distancia del curioso espectador. Más tarde se descubrió que un chino muy serio, que cortaba leña delante de la cabaña, había presenciado parte de la pelea. Pero John^[1] era estólido, indiferente y reticente.

—Mí cortar madera, mí no luchar —fue su calmosa respuesta a todas las preguntas.

—Pero ¿qué es lo que decían, John?

—Mí no sabe.

El coronel Starbottle citó los diversos epítetos que un generoso sentimiento público puede aceptar como razonable provocación para una pelea. Pero John no reconoció ninguno de ellos.

—¡Y pensar que individuos como éste son llamados a veces a prestar testimonio contra un hombre blanco! ¡Fuera de aquí, pagano! —dijo el coronel, con cierta severidad.

Pero la pelea permaneció inexplicable. Aquellos dos hombres, cuya amabilidad y sentido del tacto les habían ganado el título de «Los Pacificadores», en una comunidad no demasiado inclinada a las virtudes pasivas; aquellos dos hombres, que hasta entonces habían vivido el uno para el otro, habían reñido súbita y violentamente, y el hecho había excitado la curiosidad de las gentes. Unos cuantos hombres, más decididos, visitaron el escenario del conflicto, abandonado ahora por sus anteriores ocupantes. En la cabaña no había ningún rastro de desorden ni de confusión. La tosca mesa estaba preparada para el desayuno; la sartén con amarillos bizcochos^[2] estaba en el centro de la mesa, como un emblema de paz, en contraste con las rudas pasiones que habían estallado allí una hora antes. Pero el ojo del coronel Starbottle, aunque algo debilitado por la edad, era más ducho en captar los detalles prácticos. Un detenido examen permitió encontrar un orificio de bala en el marco de la puerta, y otro enfrente, en el marco de la ventana. El coronel llamó la atención sobre el hecho de que uno de los orificios «estaba de acuerdo» con el calibre del revólver de Scott, y el otro con el del *derringer*^[3] de York.

—Debían estar de pie, uno frente a otro —dijo el coronel—, a unos tres pies de distancia, y... fallaron el tiro.

La voz del coronel tenía una nota de dramatismo que no escapó a sus interlocutores, los cuales se estremecieron al comprender la oportunidad perdida.

Pero el *Bar* estaba destinado a experimentar una decepción todavía mayor. Los dos antagonistas no se habían visto desde que tuvo lugar la pelea, y se rumoreaba que habían decidido matarse el uno al otro en cuanto se encontraran. Por consiguiente, se produjo la natural expectación —y, triste es confesarlo, cierta alegría— cuando, a eso de las diez, York salió del Magnolia Saloon y echó a andar hacia el centro del pueblo, al mismo tiempo que Scott salía de la tienda del herrero y emprendía el mismo camino, aunque en sentido contrario. Era evidente, a simple vista, que el

encuentro sólo podría ser evitado si uno de los dos hombres volvía la espalda.

En un instante, las puertas y ventanas de los *saloons* contiguos se llenaron de rostros. Incontables cabezas aparecieron detrás de las grandes rocas que orillaban el río. Un carro vacío, en un extremo de la calle principal, quedó súbitamente lleno de gente que parecía haber surgido de las entrañas de la tierra. El creciente murmullo hacía pensar en un enjambre de abejorros. En el camino que conducía a la colina, Mr. Jack Hamlin había detenido su caballo y estaba de pie encima del asiento de su *buggy*^[4]. Y los dos objetos de tan absorbente atención se acercaban el uno al otro.

—A York le molestará el sol...

—Scott se detendrá a la altura de aquel árbol...

—Esperan para afinar la puntería...

Y así, comentarios para todos los gustos, seguidos de un profundo silencio. Pero por encima de aquel silencio humano, el río seguía cantando, y el viento susurraba en las copas de los árboles con una indiferencia casi insultante. El coronel Starbottle se dio cuenta de ello y, en un momento de sublime preocupación, sin mirar a su alrededor, agitó amenazadoramente su bastón en dirección a toda la Naturaleza y exclamó:

—¡Silencio!

Los dos hombres estaban ahora a unos pies de distancia uno de otro. Una gallina cruzó la calle por delante de uno de ellos. Una rama que parecía de plumón, desprendida de un árbol, cayó a los pies del otro. Pero sin prestar la más mínima atención a esos hechos, los dos adversarios siguieron avanzando, erguidos y rígidos, mirándose rectamente a los ojos, y... ¡pasaron de largo!

Al coronel Starbottle estuvo a punto de darle un ataque.

—Este campamento ha perdido categoría —murmuró lúgubrementes, mientras se encaminaba hacia el Magnolia.

La explicación que seguramente habría dado a sus palabras no llegó a salir de sus labios, porque en aquel preciso

instante Scott se unió al grupo.

—¿Decía usted algo? —le preguntó el coronel, dejando caer su mano, con insolente familiaridad, sobre el hombro de aquel caballero.

El coronel, reconociendo una oculta calidad en la presión de la mano, y una desconocida cantidad en la mirada del interrogador, se limitó a contestar con la mayor dignidad:

—No, señor.

Unos pasos más allá, la conducta de York fue igualmente singular.

—Ha tenido usted una buena oportunidad para liquidarle. ¿Por qué no la ha aprovechado? —preguntó Jack Hamlin, en el momento en que York pasaba junto al *buggy*.

—Porque le odio —fue la respuesta, que solamente oyó Jack.

Contrariamente a la creencia popular, la respuesta en cuestión no fue «escupida» por el que había hablado, sino que fue proferida en tono normal. Pero Jack Hamlin, que era un observador del género humano, se dio cuenta de que las manos de York estaban frías y sus labios secos, y aceptó la paradoja con una sonrisa.

Cuando Sandy Bar empezó a convencerse de que la pelea entre York y Scott no iba a desarrollarse de acuerdo con los acostumbrados métodos locales, dejó de interesarse por ella. Pero, de pronto, corrió el rumor de que el «Filón Amistad» estaba en litigio y que su posesión sería disputada por todos los medios por cada uno de los socios. Como se sabía que el filón en cuestión estaba ya agotado, y que los socios se habían enriquecido a costa de él y habían decidido abandonarlo un par de días antes de la pelea, la noticia produjo gran sensación. Más tarde, dos abogados de San Francisco hicieron su aparición en aquella dulce Arcadia, y a su debido tiempo empezaron a frecuentar los *saloons* y —cosa inevitable— a intimar con los vecinos del campamento. Los resultados de aquella intimidad estuvie-

ron a la vista el día del juicio: todo Sandy Bar en masa acudió a presenciar cómo terminaba el pleito por la posesión del «Filón Amistad». En un radio de millas y millas, todas las pertenencias quedaron desiertas.

No me propongo describir aquel ya famoso juicio. Me limitaré a repetir la homérica frase que hizo el coronel Starbottle a propósito de él: «Una cuestión que dos caballeros podían haber resuelto en diez minutos junto a un par de vasos de whisky, si lo enfocaban desde el punto de vista del negocio; o en diez segundos con un revólver, si lo que querían era diversión».

El tribunal falló en favor de Scott, pero York apeló inmediatamente contra el veredicto. Se dijo que había jurado gastarse hasta el último dólar en el pleito.

Así, Sandy Bar empezó a aceptar la enemistad de los antiguos socios como una querrela de toda la vida, y el hecho de que habían sido amigos fue olvidado. Los pocos que esperaban enterarse en el juicio del origen de la riña quedaron decepcionados. Entre las diversas conjeturas, no faltó la que atribuía la pelea a alguna oculta influencia femenina.

—Les doy mi palabra, señores —dijo el coronel Starbottle, que en Sacramento era conocido como un Caballero de la Vieja Escuela—. En el fondo de todo este asunto hay alguna encantadora criatura...

El galante coronel había ilustrado a continuación su teoría con diversas historias, del género que cabe esperar en un Caballero de la Vieja Escuela, y las cuales, por respeto a los caballeros que pertenecen a una escuela más reciente, me abstendré de transcribir aquí. Pero la teoría del coronel era falsa. La única mujer que personalmente podría haber ejercido alguna influencia sobre los dos socios era la encantadora hija del «viejo Folinsbee», de Poverty Fiat, de cuya hospitalaria casa, provista de comodidades y de lujos muy raros en aquellas inhóspitas regiones, York y Scott eran asiduos visitantes. Pero, un mes después de la pelea, York en-

tró una noche en aquel encantador retiro y al ver que Scott estaba sentado allí, se volvió hacia la bella anfitriona y le preguntó abruptamente:

—¿Le gusta a usted este hombre?

La joven así interrogada respondió a la pregunta del modo ingenioso y evasivo que se le hubiera ocurrido a cualquiera de mis simpáticas lectoras en un caso semejante. Sin pronunciar palabra, York abandonó la casa. «Miss Jo» dejó escapar un suspiro mientras la puerta se cerraba detrás de la ancha espalda de York, y luego, como una buena muchacha, se volvió hacia el insultado huésped.

—Pero ¿querrás creerlo, querida? —le contó más tarde la muchacha a una íntima amiga suya—. El otro individuo, después de mirarme fijamente unos instantes, se puso en pie, cogió su sombrero y se marchó.

Los actos subsiguientes de los dos rivales estuvieron caracterizados por el mismo ciego rencor. Cuando York compró los terrenos detrás de la nueva pertenencia de Scott, y obligó a este último a dar un gran rodeo para entrar en su propiedad, Scott replicó construyendo un dique que impedía que el agua del río llegase a la propiedad de York. Scott fue quien, en unión del coronel Starbottle, organizó por primera vez una oposición activa a los chinos, oposición que condujo a la expulsión de los trabajadores de origen mongol de York; York fue quien estableció una diligencia que dejó anticuados los acarreos por medio de mulas de Scott; Scott fue quien puso nuevamente en funciones el Comité de Vigilantes, el cual expulsó al amigo de York, Jack Hamlin; York fue quien fundó el «Sandy Bar Herald», el cual calificó la expulsión de «ultraje ilegal» y a Scott de «rufián de la frontera»; fue Scott quien, a la cabeza de veinte hombres enmascarados, una noche de luna, asaltó el local donde estaba instalado el periódico y tiró las máquinas al río. Estos procedimientos fueron recibidos en las distantes y más civilizadas ciudades fronterizas como una vaga manifestación de progreso y de vitalidad. Tengo ante mí un ejemplar del

«Poverty Fiat Pioneer» del 12 de agosto de 1856, en el cual, bajo el título de «Mejoras en el Condado», el editor dice:

«La nueva iglesia presbiteriana de la calle C., en Sandy Bar, está terminada. Se levanta en el solar antiguamente ocupado por el Magnolia Saloon, el cual resultó incendiado tan misteriosamente el pasado mes. El templo que se alza ahora como un Fénix de las cenizas del Magnolia es virtualmente un regalo a la comunidad de H. J. York, Esq., de Sandy Bar, que compró el solar e hizo donación de los materiales de construcción. En la vecindad se están alzando otros edificios, pero el más notable es el "Sunny South Saloon"^[5] construido por el capitán Mat Scott, casi enfrente de la iglesia. El capitán Scott no ha ahorrado gasto alguno para el embellecimiento de este *saloon*, que promete ser uno de los lugares de diversión más agradables del viejo Tuolumne. Recientemente, ha importado dos nuevas mesas de billar de primera clase. Nuestro viejo amigo "Mountain Jimmy" despachará bebidas en el bar. Recomendamos a nuestros lectores la lectura del anuncio del nuevo establecimiento que se publica en otra página de este mismo periódico. Los visitantes de Sandy Bar no pueden dejar de pasar a saludar a Jimmy».

Entre las noticias de carácter estrictamente local, hay la siguiente:

«H. J. York, Esq., ha ofrecido una recompensa de 100 dólares por el descubrimiento de la pandilla que destrozó la escalinata de la nueva iglesia presbiteriana de la calle C. de Sandy Bar, durante el servicio divino, el pasado sábado por la tarde. El capitán Scott añade otros 100 dólares por la captura de los indeseables que destrozaron los magníficos ventanales del nuevo *saloon* en el curso de la noche siguiente. En Sandy Bar, se habla de reorganizar el antiguo Comité de Vigilantes».

Cuando después de muchos meses de sequía, el duro e implacable sol de Sandy Bar lo hubo resecaado todo, se ha-

bló de mediación. De un modo especial, el pastor de la iglesia a la cual acabo de referirme, un hombre sincero, valeroso, aunque no demasiado listo, aprovechó alegremente la ocasión que le ofrecía la liberalidad de York para tratar de volver a reunir a los antiguos socios. Preparó un sermón, excelente, sobre lo pecaminoso de la discordia y del rencor. Pero los excelentes sermones del reverendo mister Daws iban dirigidos a una congregación ideal que no existía en Sandy Bar... una congregación de seres que no mezclaban vicios y virtudes, de impulsos únicos, obedeciendo a motivos perfectamente lógicos, de sencillez preternatural, de fe infantil y responsabilidades de adulto. Como, desgraciadamente, el rebaño a cargo del reverendo Mr. Daws estaba compuesto de seres muy humanos, algo solapados, más inclinados a disculpar sus propios defectos que a confesarlos, y decididamente débiles, olvidaron inmediatamente la parte del sermón que se refería a ellos mismos y aceptaron a York y a Scott —que se hallaban presentes— como curiosos ejemplos de aquellos seres ideales anteriormente mencionados —lo cual temo que no era un punto de vista muy cristiano—. Si Mr. Daws había esperado que York y Scott se estrecharan la mano después del sermón, quedó decepcionado. Pero no renunció a su propósito. Con aquella tranquila intrepidez y decisión que le había ganado el respeto de unos hombres inclinados a considerar la piedad como una actitud femenina, atacó a Scott en su propia casa. Lo que dijo no ha sido anotado, aunque no es descabellado suponer que se limitó a repetir parte de su sermón. Cuando hubo terminado, Scott le miró por encima de los vasos del mostrador, con expresión amable, y, con menos irreverencia de lo que las palabras pueden hacer suponer, replicó: «Joven, me gusta su estilo; pero, cuando conozca usted a York y a mí tan bien como conoce usted al Todopoderoso, podremos hablar».

De modo que la querella siguió su curso; y, tal como había sucedido en casos de personajes más ilustres, la ene-

mistad privada y personal de dos hombres representativos condujo gradualmente a la evolución de algún principio o creencia expresado a medias. No pasó mucho tiempo sin que se hiciera evidente que aquellas creencias eran idénticas a ciertos amplios principios enunciados por los hombres que elaboraron la Constitución Norteamericana, tal como fueron expuestos por el estadista A., o eran los fatales arrecifes en los cuales podía naufragar la nave del Estado, tal como había señalado elocuentemente el estadista B. El resultado práctico de todo esto fue que York y Scott fueron nombrados representantes de los partidos rivales en los consejos legislativos de Sandy Bar.

Durante algunas semanas, los votantes de Sandy Bar y de los campamentos contiguos habían sido llamados, en letras de gran tamaño, a asistir a las reuniones preelectorales. En vano los grandes pinos que bordeaban los caminos principales —cuyos troncos se vieron obligados a soportar multitud de carteles propagandísticos— protestaron airadamente desde sus altas copas agitadas por el viento. Un día, con acompañamiento de pífanos y tambores, una procesión desfiló hasta una plazoleta natural habilitada al efecto en plena quebrada. La reunión había sido convocada por el coronel Starbottle, el cual, habiendo ejercido en cierta ocasión funciones legislativas, y siendo vagamente conocido como un «verdadero luchador», estaba considerado como un valioso partidario de York. Pronunció un discurso en favor de su amigo, con una declaración de principios, salpicada con un par de anécdotas de color tan subido que hasta los pinos se hubieran ruborizado de poder hacerlo. Pero consiguió que sus oyentes estallaran en grandes carcajadas, y con ello creó un clima propicio a su candidato entre la masa popular; y cuando York se levantó a hablar, fue acogido con aplausos. Pero, ante el asombro general, el nuevo orador estalló en una amarga denuncia de su adversario. No sólo habló de las debilidades de Scott conocidas por todo Sandy Bar, sino que habló de hechos relacionados con

su vida anterior y que los oyentes desconocían por completo. La gran precisión de los epítetos, unida a la fascinación que siempre ejerce sobre las masas el conocimiento de las intimidades más ocultas de un hombre, produjo una extraordinaria impresión en los oyentes, los cuales aplaudieron, aullaron y se entusiasmaron, en una palabra; pero cuando la asombrosa filípica hubo terminado, se oyó un grito unánime de «¡Scott!». El coronel Starbottle trató de evitar que el rival de su candidato subiese a la tribuna, pero sus esfuerzos resultaron inútiles. Scott fue cogido en volandas y subido a la plataforma. Cuando su desgredada cabeza y su descuidada barba aparecieron por encima de la multitud, se hizo evidente que estaba borracho. Pero también se hizo evidente, antes de que despegara los labios, que el orador de Sandy Bar —el hombre que podía despertar sus vagabundas simpatías, quizá porque no desdeñaba solicitarla— estaba delante de ellos. Una repentina conciencia de este poder confirió cierta dignidad a su figura, lo cual no dejó de impresionar a la multitud. Y, cuando el inesperado Héctor abrió la boca, los partidarios de York se echaron a temblar.

«Es triste confesarlo —dijo Scott—, es triste confesarlo, pero todo lo que ha dicho este hombre es verdad. Fui expulsado de Cairo; pertencí a los Guías; deserté del ejército; abandoné a una esposa en Kansas... Pero hay una cosa que no ha cargado sobre mis espaldas, tal vez porque se ha olvidado de hacerlo. ¡Durante tres años, caballeros, he sido el socio de este hombre!».

Ignoro si el orador se proponía decir algo más; lo que sé es que los aplausos atronaron el aire, y con ellos quedó elegido el representante de Sandy Bar. Aquel otoño, Scott se marchó a Sacramento, York se marchó al extranjero, y por primera vez en muchos años la distancia y una nueva atmósfera aislaron a los viejos antagonistas.

Con pocos cambios en el mundo de verdes árboles, rocas grises y río amarillento, aunque con muchas transforma-

ciones en el mundo humano, pasaron tres años sobre Sandy Bar. Los dos hombres parecían haber sido completamente olvidados.

—Usted no regresará nunca a Sandy Bar —dijo miss Follinsbee, la «Lily de Poverty Flat», al encontrar a York, en París—, ya que Sandy Bar no existe. Ahora se llama Riverside; y la nueva ciudad ha sido edificada en un plano más elevado, a orillas del río. Y, a propósito. «Jo» me ha escrito que Scott ha ganado el pleito sobre el «Filón Amistad», que ahora vive en la antigua cabaña, y que estaba borracho la mayor parte del tiempo. —Y al ver que las mejillas de York se coloreaban intensamente, añadió—: ¡Oh! Le pido perdón, pero creía que la antigua enemistad había pasado a la historia...

Tres meses después de aquella conversación, una agradable noche de verano, la diligencia de Poverty Fiat se detuvo ante la baranda del Hotel Unión de Sandy Bar. Entre sus pasajeros había uno, al parecer extranjero, a juzgar por lo bien cortado de su traje y lo cuidadosamente rasurado de su rostro, que pidió una habitación y se retiró temprano a descansar. Pero, antes de que saliera el sol, a la mañana siguiente, se levantó, sacó algunas ropas de su maleta y se vistió: unos pantalones de dril, una chaqueta de dril y un sombrero de paja. El conjunto quedó completado por un pañuelo rojo atado al cuello. La transformación fue completa. Cuando descendió la escalera del hotel y salió a la calle, nadie hubiera reconocido en él al elegante forastero de la noche anterior, aunque muy pocos hubieran reconocido el rostro y la figura de Henry York, de Sandy Bar.

A la imprecisa claridad de aquella hora temprana, y con los cambios que se habían producido en la ciudad, tuvo que detenerse unos instantes para orientarse. El Sandy Bar que él recordaba estaba debajo de él, cerca del río; los edificios que se alzaban a su alrededor eran de fecha posterior y de un estilo más moderno. Mientras avanzaba hacia el río, vio que había una nueva escuela y una iglesia. Un poco más

adelante vio el *Sunny South*, transformado en un restaurante, completamente reformado. Ahora sabía dónde estaba; descendió una pendiente poco pronunciada, cruzó una acequia, y se encontró en los límites meridionales del «Fión Amistad».

La niebla gris se alzaba lentamente del río, trepando hasta las copas de los árboles y arrastrándose por las laderas de las montañas hasta quedar prendida en los altares de roca, para ofrecer un sacrificio al sol naciente. Mientras sus pies pisaban la tierra cubierta de verdor, York miró a su alrededor y sonrió con aire complacido, como si las cosas no fueran tan malas, después de todo.

Sin embargo, no se atrevió a mirar aún en determinada dirección. De todos modos, el sol no estaba lo bastante alto como para iluminar la pequeña loma sobre la cual se alzaba la cabaña. A pesar del dominio que ejercía sobre sí mismo, el corazón de York latió más rápidamente que de costumbre al alzar sus ojos hacia la cabaña. La puerta y la ventana estaban cerradas, no salía humo de la chimenea, pero todo lo demás seguía igual. Cuando estuvo a unos pasos de distancia de la cabaña, se inclinó a recoger una pala rota, se la echó al hombro con una sonrisa, y luego avanzó con paso decidido hasta la puerta y llamó. En el interior no se oyó ningún ruido. La sonrisa murió en los labios de York, mientras empujaba nerviosamente la puerta abierta.

Una figura avanzó hacia él con una expresión furiosa en el rostro... una figura cuyos ojos inyectados en sangre quedaron repentinamente fijos en el vacío... una figura que súbitamente parpadeó con asombro, intentó murmurar algo y luego cayó hacia adelante.

Pero antes de que llegara al suelo, York la había recogido en sus brazos. La figura trató de luchar, pero sus débiles esfuerzos resultaron inútiles. Lentamente, los esfuerzos cesaron y Scott quedó inconsciente entre los brazos de su antiguo socio.